

Fugas espirituales de tres poetas

Vicente Valero articula un relato en el que fija a **San Juan de la Cruz, Friedrich Hölderlin y Fernando Pessoa** en momento supremos de ascensión fuera del ámbito terreno



II ILUSTRACIÓN IVÁN MATA

II SANTIAGO AIZARNA

Estas tres 'fugas' de las que aquí se trata y se escribe tienen que ver con encierros carnales en todo caso, no por eso menos enrejados que presidios y cárceles al uso, que también la carne es presidio y cómo acongoja cuando se topa con anhelos que arden en llama de amor viva por desprenderse de lo terrenal y querer volar a alturas y entre nubes. Son fugas espirituales, fugas de almas en busca, acaso, de mejores acomodos para la exquisitez de sus ansias; fugas de ascensión a cumbres vedadas para todos aquellos que nunca pudieron sentir la ambición y el pasmo de alturas tan vertiginosas. Y tienen como protagonistas excelsos a tres poetas mayúsculos: San Juan de la Cruz, Friedrich Hölderlin y Fernando Pessoa.

Los tres sorprendidos en trances, situaciones o momentos supremos. En el primer relato, escrito con pulso de orfebre del idioma y pensamien-



EL ARTE DE LA FUGA

Autor: Vicente Valero
Género: Relatos.
Editorial: Periférica
Páginas: 103
Precio: 14,75 euros.

tendente a acorde y condigno al tema como en los otros dos restantes, nos hallamos ante el escenario de unos frailes apiñados en una «celdilla fría y oscura» allá en la covacha desnuda de los descalzos de Úbeda, junto con los llegados de Baeza y La Peñuela, a querer «vislumbrar el vuelo

último del alma» cuando saliera de la boca de Juan, en ese momento en que «Dios era un olor bendito que emanaba de la carne podrida y de sus vapores todavía cálidos, una luz húmeda, casi irrespirable». Se trata como de un bello poema en prosa, narración en donde el realismo juega sus cartas con el idealismo y el preciosismo de sentimientos y palabras con paráfrasis de trozos de la lírica profunda del místico de Fontiveros ofreciéndonos el calidoscopio cotidiano de su breve estancia, última de su vida carnal en ese lugar, las referencias a las personas que le rodearon, el cirujano, el hermano cantor, el padre Crisóstomo y sus reparos, las heridas que se abrieron en llagas letales, María de Molina y sus hijas Catalina e Inés, lavadoras en disputa de las vendas que oían a rosas, la sirvienta morisca María, etc, toda una excepcional semblanza de un momento sublime hasta que «Juan entró en el silencio amoroso de la la-

ma translúcida, en el poema escrito en la carne del tiempo»...

En el segundo de estos preclaros relatos escritos con tanto virtuosismo narrativo, se busca la compañía de Friedrich Hölderlin, a quien se le recoge de desastrado, desvalido y polvoriento a su llegada a Stuttgart, en la primavera de 1802, después de su larga caminata desde Burdeos, a donde se había trasladado cinco meses antes para desempeñar un trabajo de preceptor. Como en el caso de Juan de Yepes, se aprovecha la oportunidad histórica para escribir una loa que desde el realismo de más humildes andanzas, sensaciones y trabajos se alcanza la talla gigantesca de una semblanza en la que poder culminar varios aspectos, los del caminante que no repara ni siquiera en los bellos afluentes del Garona y del Loira, posiblemente porque las raíces oscuras de sus presentimientos se le enredaban en la memoria así como la evocación de Suset-

te, la autora de aquellas palabras que envió al «poeta y morador de buhardillas» en las que declaraba que «nunca volverán a amarte como te amo, nunca volverás a amar como me amas», y que, incapaz de renunciar a nada, aseguraba que «nuestras almas acabarán encontrándose para siempre, para toda la eternidad».

En el tercer relato, el protagonista es el poeta portugués Fernando Pessoa, a quien se le sorprende en la noche del 8 de marzo de 1914, en el momento en que concibió el primero de sus heterónimos, el de Alberto Caeiro, un día en principio nada especial, en el que «habló muy poco en la tertulia de la cervecería Jansen después de haber hablado mucho, sin embargo, durante la tarde, en la del café Martinho», que estuvo departiendo con sus amigos, se retiró, «bajo una lluvia fina e intermitente» al tercer piso del portal número 24 de la calle Passos Manuel, y «empezaron a acudir a su mente imá-

genes extrañas de paisajes verdes pero desconocidos», y, al volver por segunda vez a la cama, «le pareció oír una voz a sus espaldas que decía: aquel que tiene las flores no necesita a Dios», que fueron palabras que empezó a pensar en ellas, y empezó a escribir poemas y en los primeros ocho o nueve, «surgió por fin un nombre, Alberto Caeiro, como una aparición más del lenguaje», que fue así como comenzó el asomo de «aquellos compañeros de espíritu, aquellos seres desmedidos, ojerosos y célebres, es decir, Ricardo Reis, doctor latinista y epicúreo, y Álvaro de Campos, ingeniero naval y futurista» algo como una pequeña constelación en el éter íntimo diversificado en varios, algo como unto de partición divina si así quisiera verse.

En definitiva, un libro éste de Vicente Valero (Ibiza, 1963), que destila sabiduría, sensibilidad y encanto y admira por su virtuosismo en el lenguaje.